

XVI.

SOBRE EL HIELO.

Quién no recuerda las fiestas nocturnas que Paris ha dado sobre el hielo?

La noche en que se encontraron el duque de Paris y la condesa de Entraignes, el bosque de Bolonia se encontraba en todo su invernal esplendor.

Parisis no fué el último en acudir allí y mandó enganchar dos caballos enanos, dos maravillas.

Los lagos estaban ya cubiertos de trineos y patinadores; pero aquello no era el verdadero teatro. La fiesta se daba en el lago reservado.

Nunca se había iluminado tan bien la nieve y el hielo. Aquello parecía mágico.

Los hombres y mujeres del gran mundo llegaban allí alegres y risueños: en aquel carnaval de la nieve había algo del carnaval de Venecia.

Paris es en todo la síntesis del mundo conocido. Aquí está la zona tórrida con sus flores brillantes y sus árboles que emplean cien años en florecer; allí la zona fría con sus nieves, sus bosques empolvados y sus placeres de invierno.

No hace mucho tiempo, el invierno parisiense era tan solo un invierno francés. Para convertirle en invierno del Norte se ha creado el Bosque de Bolonia y sus lagos.

Si en verano el Bosque de Bolonia es hermoso con sus grandes macisos, sus perspectivas luminosas, sus árboles caprichosos y sus enarenados caminos llenos de coches y paseantes, en invierno, gracias á la nieve, es también hermosísimo.

Durante esta estación parece que teneis el derecho de creer en Noruega.

Las copas de los árboles se perfilan sobre aquella sábana blanca que deslumbra encorvando su frente bajo el peso de sus niveos penachos; en las sendas apartadas cubiertas por una capa de nieve virgen de toda huella, podeis ver aquí y allí el furtivo rastro de un conejo extraviado.

Reina en el bosque el mas profundo silencio: os creeríais transportado en algun desierto, en una de esas blancas soledades donde no se oye mas que el crujir lejano de la nieve helada y el viento que llora en el torrente de las avalanchas.

Aquello fué un espectáculo y una fiesta. El duque de Paris y el conde Olimpio Aguado fueron los mas notables por la elegancia y la riqueza de su atalage.

En aquella nocturna cabalgata se distinguió también el duque de Aquila, la condesa Waleuska y el conde Waleuski, el duque y la duquesa de Persigny y el príncipe Napoleon en su carro pompeyano

Todos los grandes nombres de la moda y todas las bellezas célebres asistian á aquella diversion de invierno y formaban parte de la mascarada. Los grandes financieros estaban allí, ellos que no consagran mas que pocos instantes á la vida del placer y que no conocen obstáculos en su camino. Los trineos dorados con la cabeza de cisne, los carros antiguos, las carretas bajas, el largo patin de los Lamoyodes, el patin corto y encorvado de los holandeses y hasta la plancha de los montañeses de la Islandia, todo estaba allí corriendo, volando, describiendo curvas gigantescas, cruzando, huyendo, buscándose y habitándose. Era la fiebre del frio en la fiebre del amor.

Al concluir la fiesta un curioso hubiese podido oír esta conversacion entre un patinador y una patinadora, los cuales parecia que no se conocian desde mucho tiempo pero que deseaban conocerse.

—Os juro, señora, que es un hermoso paseo el venirse á mi casa entrando por la puertecita del jardin. La cerradura es una alhaja. Mirad aquí está la llave.

El patinador hizo brillar á los ojos de la patinadora una llave de plata esquisitamente trabajada.

—Qué monería!

—Al entrar no se encuentran flores, si no es alguna que otra colgando de los arbustos. Pero una vez en el jardin se encuentra luego el invernadero, donde se es recibido por cien camelias y otras flores de riquísimo perfume. Estas son mis centinelas. Despues del invernadero se encuentra una puerta que tambien

abre esta llave. Luego sigue una escalera secreta que os guiará en espirales á una pequeña biblioteca donde yo trabajo cuando espero á alguien, á menos que yo no vaya á aguardarle en el mismo invernadero. Conoceis un camino mas fácil que este?

—Sí, caballero, el que guia á mi casa.

—Está bien, pero ya sabeis que nada hay tan enojoso como el cruzar siempre por el mismo camino. Por lo demás, solo os pido una gracia y es que guardéis mi llave.

—Enhorabuena, pero creo que aun guardais otra que la dareis mañana, sin perjuicio de la que habreis dado ayer. Se os conoce perfectamente.

—Os juro que nunca doy dos llaves á un mismo tiempo.

—Ved que nos miran.

—Adios señora.

El patinador, apretando la mano de la patinadora, dejó en aquella la llavecita de plata.

La señora quiso devolvérsela, pero él habia dado ya una vuelta sobre el hielo y con la encantadora gracia de los holandeses gravaba una A y una O entrelazadas sobre el hielo.

Nunca esta cifra habia sido tan bien trazada; se hubiese dicho que el patinador habia estudiado las letras de adorno de la edad media.

El señor de Parisis encontró aun sobre el hielo á la señora de Entraigues.

—Qué bien escribis! le dijo esta.

—Solo escribo bien vuestro nombre. Cuanto os amo, Aliza!

—Sobre el hielo sí; pero cuando llegue el deshielo vuestro amor caerá en el agua. Sabeis que he perdido vuestra llave? Pero, tranquilizaos: ha sido recogida por una mano blanca que os la traerá pasando por la puertecita.

—Voy á daros otra.

—Sois cerragero, como Luis XVI? Sabeis que sois un hombre peligroso! Violais las cerraduras y los corazones. Adios.

—Adios, yo os adoro!

Y Octavio dió expansion á su alma, fijando en la dama su postrer mirada.

—No es cierto que haya perdido la llave, se dijo: la mano blanca es la suya; vendrá mañana.

XVII.

LA ESCALERA DE ONYX.

Al siguiente dia á la hora del Bosque (pues el Bosque tiene sus horas como las mujeres, y en el mes de febrero no recibe sino entre cuatro y seis de la tarde) la señora de Entraigues se vistió de negro, se echó un velo al rostro, como si fuese una viuda y subió á un coche examinando su portamonedas.

Pensaba en hacer alguna buena obra? iba á llamar á la puerta de alguna miseria oculta?

No es necesario canonizarla tan pronto. En el portamonedas habia tan solo tres ó cuatro piezas de cien sueldos y algunas otras que se dan como una limosna.

Pero tambien habia una llavecita de plata.

La condesa hizo detener el carruaje en la avenida de la Emperatriz, frente al palacio de la célebre señora***, que recibia en aquel dia.

Por qué no entró en su casa? Se habia equivocado de puerta.

En cualquier otro dia la condesa hubiese podido temer á los curiosos; pero en aquel la nieve caia en